

Amigos

Eduardo Mieres

Image not found.

Capítulo 1

Amigos

Pepe era el más insistente respecto de querer ir al lugar donde dijeron que habían encontrado el cadáver, temprano en la mañana, aún de madrugada. La noticia había corrido por el barrio, invisible, como si fuera el propio viento el mensajero que visitando casi al mismo instante las casas de nuestro vecindario y siendo capaz de colarse por las rendijas de las puertas y ventanas, nos hubiera susurrado al oído el acontecimiento con un leve suspiro, haciéndonos despertar con una sensación de extrañeza y portento, anunciándonos que algo fuera de lo común había sucedido.

Era una mañana hermosa, luminosa como pocas, de esas en que dan ganas de ponerse a cantar fuerte como los pájaros del puro arrobó que uno siente en tales momentos, o en que uno, sin notarlo, se encuentra al caminar silbando sus melodías favoritas, con el corazón palpitante, brioso, como si se fuera a salir del pecho, y en las que nos sentimos amigos de todo el mundo, incluyendo las piedras y hormigas.

Nos habíamos reunido todos frente al block en el que yo vivía, nadie llamó a nadie, fue como un acuerdo tácito el encontrarnos allí, necesitábamos saber que había pasado y lo que teníamos que hacer como grupo. Siempre nos reuníamos en ese lugar para jugar a la pelota, nuestro pasatiempo favorito, o para decidir qué otra actividad haríamos o a dónde iríamos a vivir una nueva aventura, ya fuera cazar lagartijas o caminar hasta la línea férrea y esperar a que pasaran los trenes.

Marcelo, por otra parte, no quería ir por nada del mundo, decía que podíamos meternos en problemas y que no necesitábamos saber lo que había pasado, que no nos aportaría en nada, él prefería, aprovechando el sol y que estábamos todos, que fuéramos a jugar una pichanga de cuatro contra tres, un equipo con arquero fijo y el otro con arquero jugador hasta la mitad de la cancha. Marcelo no era muy bueno, pero por lejos era el más entusiasta y el que corría más que todos, así que cuando nos tocaba repartirnos en los dos equipos, los que elegíamos jugadores siempre procurábamos contar con él, pues, después de cuarenta minutos, sus piernas eran las que ganaban los partidos. Aunque nunca lo elegíamos primero, era nuestra arma secreta.

Pero lo que había sucedido era demasiado inusual como para dejarlo pasar y hacer lo que sin duda hubiéramos hecho normalmente en un día como éste. Matías, a quien le decíamos Tabi, nos contó que fue su abuelo quien había encontrado el cadáver, pues salía muy de madrugada a trabajar y cortaba camino por el sitio baldío a donde habían ido a dejar el cuerpo: dijo que en su somnolencia, la que se iba atenazando por el frío, le llegó

un olor nauseabundo y penetrante que él creyó primero que era un perro muerto pero que, luego, comprobó era el cuerpo de un hombre adulto. De inmediato se devolvió a la casa y despertó al papá del Tabi, que se levantaba más tarde y le dijo que llamara a carabineros.

A esa altura de la mañana el hombre ya no estaba en nuestro barrio, lo habían ido a buscar en una ambulancia donde dos personas vestidas enteramente de blanco lo taparon con una manta y lo subieron en un camilla y de allí al furgón. También hubo muchos policías que venían en dos radiopatrullas que mantuvieron encendidas sus luces rojas todo el tiempo, exploraron el lugar tomando notas y fotografías, colocando unas cintas alrededor del lugar donde habían encontrado al hombre muerto para que nadie se acercara más allá de ellas, Parecía una película, nos dijo Miguel, quien vio todo esto con lujo de detalles, pues, a su pesar y a regañadientes, siempre tenía que acompañar a su mamá a la feria los sábados bien temprano para ayudarla a cargar las bolsas con las verduras. De ese modo sabíamos también, aunque él no lo admitiera, que toda la colección de bolitas que tenía se las había comprado su mamá, y no cómo decía él, que las había ganado jugando.

El Tuto, por su parte, era de la opinión de que debíamos ir lo antes posible, antes de que otro grupo nos arrebatara el lugar y lo explorara a su gusto, dijo que después de que la gente volviera a transitar por allí y con el paso del tiempo ya no valdría la pena gastar energías y caminar para sólo ver las mismas hierbas y el pasto seco de toda la vida. El Tuto tenía un sentido de la oportunidad enorme, eso debíamos reconocerlo, siempre esa habilidad suya nos había ayudado para escapar y salir ilesos de muchas aventuras, además, era el más arriesgado de nosotros, pues era habitual verlo arriba de los techos, caminar por arriba de las panderetas, saltar de los columpios y subirse a los árboles más altos. Su respuesta era previsible, sabía cuando se presentaba una buena aventura pues las olfateaba de lejos y no se perdería ésta por nada del mundo.

El Pedro y yo aún no habíamos dado nuestra opinión, nos habíamos dedicado a escuchar y a informarnos sobre lo que había pasado o de lo que se trataba la noticia lo más que pudiéramos. Por supuesto estábamos desconcertados y curiosos al mismo tiempo pues teníamos la posibilidad cierta de ir a investigar por nuestra propia cuenta el sitio del suceso como le llamaban en las noticias a los lugares en los que se había cometido un crimen: podíamos encontrar sangre en las hierbas o bien ropa ensangrentada, balas sin usar, la billetera del muerto, fotografías, alguna pista del asesino, incluso pensábamos que podíamos hallar el arma homicida: un revólver. Sin tener la menor idea al respecto, estábamos convencidos de que al hombre lo habían matado con unos disparos en el pecho, uno de los cuales le había llegado al corazón. Nuestra imaginación nos excitaba aún más, la que se acrecentaba también con la seguridad del conocimiento del terreno, el que ocupábamos siempre para jugar, ya fuera a la guerra o a esconder y encontrar cosas por equipos, acercándonos a

las mismas mediante las indicaciones "frio-tibio-caliente", o también cuando lo recorríamos sin mayor razón que las ganas de caminar por allí en cualquier momento, nos gustaba dar vuelta grandes piedras y ver los insectos que pudieran haber debajo como los chanchitos de tierra, gusanos o, si teníamos suerte, un ciempiés, también nos gustaba mucho pasar las manos con el brazo estirado mientras caminábamos por el tallo de unas hermosas flores amarillas, muy pequeñitas, las que se doblaban y luego volvían a su posición original, que crecían como maleza y que eran mis favoritas de la primavera y del verano: sabíamos que algo se les pasaría a los ojos de los policías pero no a nosotros pues era nuestro barrio, además, no veíamos sólo con los ojos sino con todos los sentidos, conocíamos las piedras, los hoyos y lo tupido y denso del pasto en algunos lugares, sabíamos dónde buscar y encontrar.

Pedro estaba dispuesto a ir, pero su duda se debía a que no podía quedarse mucho rato ya que tendría que salir con sus papás al centro, y ponderaba en su mente si la aventura duraría mucho o poco tiempo pues no quería irse a la mitad o para cuando encontráramos el revólver, tan seguro estábamos de esto que ya lo dábamos por hecho. No le gustaba perderse pan ni pedazo, pero no le podía decir que no a sus padres, sobre todo cuando salían al centro pues lo complacían en todo, siempre llegaba contando que había ido a los juegos Diana de Ahumada y que había comido un enorme completo con una bebida en una fuente de soda y que le habían comprado zapatillas nuevas. También dudaba en ir pues no quería ensuciarse la ropa para no molestar a su mamá y asegurarse la misma cantidad de fichas para los videojuegos que le regalaban siempre.

Así vistas las cosas, me tocaba a mí inclinar la balanza de la decisión respecto de si iríamos o no a explorar la zona en cuestión. Ya sabíamos que Pepe y el Tuto estaban decididos a ir, a los que habría agregar a Pedro, mientras que Marcelo, Miguel y el Tabi se mostraban dispuestos a hacer otra cosa, aunque a todos nos gustaba respetar la decisión de la mayoría ya que en grupo siempre nos sentíamos más fuertes, seguros y multiplicados.

Cuando supe la noticia estaba tomando desayuno, deleitándome con una de mis comidas favoritas, el pan tostado con mantequilla. Embelesado con el sabor y abstraído de todo lo que había a mi alrededor me costó poner atención a lo que mi mamá y mi papá llevaban hablando desde hacía rato; cuando capté las palabras muerto, cadáver, sitio baldío, barrio, madrugada, asesinato, supe que una importante aventura estaba en ciernes y que tenía que vestirme de inmediato y salir disparado a la calle a juntarme con mis amigos que de seguro me estarían esperando pues era el más dormilón de todos.

Por este apresuramiento me sorprendí al notar que mis sentimientos comenzaron a cambiar rápidamente mientras estaba con el grupo, desde la curiosidad que me revolucionó por entero a un estado más reservado

que era un tanto nuevo todavía para mí, el que se acrecentó aún más mientras escuchaba los pormenores de la aventura que se nos presentaba. De todas maneras yo era de la opción de ir y explorar el lugar: lo que era diferente del resto de mis amigos, y en particular de los que querían ir era el carácter de mi motivación y curiosidad. Cuando Miguel nos contó respecto de la poca ropa que llevaba el hombre, de que el cuerpo estaba tieso, con sangre y con la piel azulada, en medio de un sitio que, dejando de lado nuestra manera de verlo, como un campo de juegos, era un sitio eriazo donde se acumulaba por aquí o por allá montones de escombros, botellas de plástico y otros restos de basura, no pude menos que preguntarme por la mamá de ese hombre, qué pasaría con ella cuando supiera que su hijo había muerto, me imaginé a mi propia mamá en el caso de que a mí me pasara lo mismo, y también me pregunté por la persona en la que él habría pensado o se habría acordado en sus últimos momentos, si lamentaba no haberse podido despedir de sus seres queridos o si tuvo frío antes de morir, me pregunté por sus gustos, por quién había sido, por su vida.

Sí tenía curiosidad como mis amigos de ir y explorar el lugar, pero en vez de ir ahora como en otras ocasiones a remover cuanto cosa viéramos y que se nos ocurriera tomar, dar vuelta y luego tirar, en esta ocasión sólo quería ir y ver sin tocar nada, quería conocer y ver la posibilidad de encontrar algo que me diera alguna pista de la identidad de la persona, encontrar, lo que sea, cualquier cosa, pero que me orientara para saber más de quien había muerto allí o porqué, ya muerto, lo habían ido a dejar a ese lugar tan inhóspito, cercano a nuestras casas.

Luego de que estas sensaciones estuvieran madurando dentro de mí a lo largo de nuestra reunión que ya se estaba alargando hasta el mediodía, y llegado el momento en que me tocara el turno de hablar y decidir la suerte de nuestro grupo, les dije a mis amigos lo que me pasaba, que quería ir pero que la exploración debíamos hacerla con respeto, pues, Si bien es verdad que el muerto ya no está y que no hay nada que temer o que nadie nos dirá nada malo, no nos gustaría a nosotros que una vez muertos, viniera otra gente a hurgar en nuestras cosas para curiosear y divertirse con ellas, les propuse que una vez explorado el terreno y si encontráramos algo que se les hubiere pasado a la policía, debíamos, después de examinarlo hasta estar satisfechos y de dilucidar las causas del crimen por las pistas que encontrásemos, debíamos dejar las cosas donde las habíamos hallado o mejor aún, debíamos enterrarlas en el lugar y hacer una cruz y colocarla a donde había estado el cuerpo, Incluso podemos rezar y hacer un funeral a toda regla, como Dios manda, terminé lanzando ese anzuelo pues sabía que el Pepe y el Miguel habían hecho hace poco la primera comunión y tenía la esperanza de que me apoyarían en lo que había propuesto. Mis amigos, un poco desconcertados al principio por mis palabras, luego se relajaron asintiendo silenciosamente.

Cuando llegamos al sitio todos nos sorprendimos pues excitados por nuestra imaginación esperábamos encontrar un montón de objetos inusuales esparcidos por el lugar pero nos frustramos de inmediato, buscamos entre las hierbas, dimos vueltas algunos escombros pero no dimos con nada distinto fuera de la misma basura de todos los días, la única excepción era la cinta utilizada por la policía para demarcar el lugar, la que estaba tirada y que se movía y revoloteaba al capricho del viento.

Sin convencernos todavía de que ya no hallaríamos ni la billetera, ni balas sin usar ni el revólver que ayudara a resolver el caso, una parte del grupo se dividió y dijo que buscaría unas ramas con las que confeccionar una cruz, mientras el resto de nosotros, el Pepe, el Tuto y yo seguíamos buscando pistas, ahora realizando un examen más riguroso y exhaustivo al terreno. Pedro se decepcionó rápidamente, lo que reactivó sus ganas de irse para luego partir al centro con sus papás, por lo que se despidió, yéndose a su casa corriendo.

La verdad es que después de buscar un buen rato no encontramos nada, a excepción de un encendedor que estaba cerca de donde habían estado las piernas del hombre y que no habíamos visto antes. El encendedor pudo haber estado allí desde muchos días atrás, pero con nuestra imaginación y cansancio, necesitábamos hallar algo que pusiera un límite a nuestra búsqueda y que sirviera a su vez como un premio a nuestro esfuerzo, así que de buena gana asumimos que ese encendedor era lo que andábamos buscando, lo examinamos, lo prendimos y nos extasiamos al imaginar la historia de ese objeto junto con el hombre que lo había usado, y luego de que todos lo hubieran tomado y manipulado a su gusto lo pedí para proponer su entierro, y que debíamos hacer un hoyo donde había estado el cuerpo para dejarlo allí.

El Tuto con el Tabi cavaron un hoyo poco profundo pero lo suficiente como para que no fuera fácil desenterrar el encendedor, lo hicieron a la altura de donde había estado el pecho, la forma de éste se notaba clara pues el cuerpo estaba marcado por la hierba y el pasto aplastado. Miguel y Marcelo habían encontrado unas ramas perfectas para la cruz pero nos faltaba un cordel para poder juntarlas; Pepe, cuando se dio cuenta de esto, se sacó él mismo un cordón de sus zapatillas que serviría para tal fin, me asombró y conmovió su generosidad que nos ayudaba en ese momento, y luego de que él uniera las ramas con el cordón formando la cruz, procedí a depositar lentamente el encendedor en el hoyo para su entierro. Cuando lo hice, todos guardamos silencio por unos instantes, tras lo cual me retiré un paso para tomar un puñado de tierra y proceder a tirarla dentro, ejemplo que todos siguieron hasta que formamos un pequeño montón en el que Miguel pudo fijar la cruz que había hecho Pepe.